

MANAGUA, NICARAGUA

CULTURA LIBRE

TU VOZ VALE

AGOSTO
VOLUMEN 136



**HABLAR DEL
ACOSO CALLEJERO...**

Por: Gema Obando

**ACOSO CALLEJERO
EN NICARAGUA**

Por: Al

ESTE ESPACIO ES TUYO

Hacete parte del equipo enviando aportes a:
info@rculturalibre.com



- Artículos de opinión
- Poemas
- Ilustraciones/caricaturas
- Fotografías
- Ensayos cortos

O cualquier otra forma de expresión que muestre tu postura frente a la coyuntura nacional.



Compartan su opinión
en las redes sociales
usando el hashtag

#CULTURALIBRE

 /RCulturaLibre
 @RCulturaLibre
 @RCulturaLibre
 www.rculturalibre.com
 info@rculturalibre.com

Lo que se publica en este espacio, no es necesariamente el sentir o punto de vista de los realizadores. Expresate de manera libre y sin censura.

Editorial

En los últimos días el tema acoso callejero ha dominado las discusiones de las y los jóvenes en las redes sociales; esto después que muchas jóvenes extranjeras denunciaron haber sufrido acoso sexual en las calles de Nicaragua en sus videos de Tiktok.

Algo que las mujeres nicaragüenses han confirmado, e incluso hombres se han disculpado por el comportamiento inadecuado de muchos otros. Lo cierto es que el acoso callejero está latente en el día a día de nuestra sociedad, y debemos luchar contra esta forma de violencia.

Desde la revista Cultura Libre te invitamos a informarte sobre el tema a través de esta edición, y a sumarte a luchar contra el acoso callejero.

Sé parte de la revista Cultura Libre, solo tenés que compartir tu punto de vista acerca de la realidad nicaragüense a través de un artículo, poema, microrrelato, frase o infografía sobre el tema del próximo mes, al correo info@rculturalibre.com porque ¡Tu voz vale! #CulturaLibre

CONTENIDO

AL MEGÁFONO

- 07** **Hablar del Acoso Callejero...**
Por: Gema Obando
- 09** **No, no es piropo, es acoso.**
Por: Giselle Salomón
- 13** **Entre escorias y rosas:
memorias de una doncella**
Por: Munguia, A.
- 16** **Mi testimonio**
Por: Gosche
- 18** **El Silbido Que Calló Sonrisas**
Por: Rolando Dávila-Sánchez
- 21** **La complicidad de los hombres
en el acoso callejero**
Por: JC
- 23** **Primera entrega del texto
"Masculinidad"**
Por: Vinicio Matamoros
- 29** **Acoso Callejero en Nicaragua**
Por: Al

VERSOS LIBRES

- 37** **Coplas para el machito**
Por: Hermelinda Linda

¿Qué hay?



9 DE AGOSTO

Día Internacional de los
Pueblos Indígenas



12 DE AGOSTO

Día Internacional de la Juventud



22 DE AGOSTO

Día Mundial del Folklore



▶ AL
ME
GÁ
FO
NO



Hablar del Acoso Callejero...

Por: Gema Obando

Hablar del acoso callejero, es como hablar de una astilla clavada en la piel, molesta, duele y es difícil de extraer y solo quiénes la llevamos podemos notar cuánto pesa y nos afecta este dolor sordo, que perdura y no se va.

Hablar del acoso callejero, es un sentimiento de angustia y desagrado, es recordar aquella niña que desde los 12 años fue víctima de acoso, es recordar el temor que sentí en cada momento que fui vulnerada.

Hablar del acoso callejero, es tener que obligarte a desarrollar herramientas físicas y emocionales, para protegerte ante este fenómeno, por qué según tus experiencias, la gente solo observa, ignora y calla.

Hablar del acoso callejero, es no querer describir con detalle lo que aún recuerdo que viví, por qué hacerlo, sería revictimizarme y quedar con un sabor amargo de rabia e injusticia.

Y aun así, hablar del acoso callejero es necesario, por qué de lo que no se habla, NO se puede cambiar. ¿Qué necesita la población para buscar un cambio? ¿Que más necesita la sociedad para reaccionar?

El acoso callejero es el pan de cada día, las mujeres sufren de acoso callejero desde temprana edad, independientemente de su etapa de vida, condición, clase, raza, las mujeres son objeto de sexualización y violencia en las calles en Nicaragua.

Juntos podemos cambiar la perspectiva hacia este fenómeno, si observas una situación de acoso, graba, grita, objeta, discutí, pero NO te quedes en silencio. Decíle NO al acoso





No, no es piropo, es acoso

Por: Giselle Salomón

El acoso callejero no es un halago, no es un juego, no es un gesto "inofensivo". Es violencia.

Por definición, el acoso callejero es una forma de violencia de género que se manifiesta en espacios públicos a través de conductas o expresiones, verbales o no verbales, de connotación sexual. Afecta la dignidad, la libertad y la integridad de las personas, generando un ambiente de hostilidad e intimidación.

Y no, no es piropo. Es acoso. Y tampoco nos gusta, aunque muchos por ahí se empeñen en decir lo contrario.

Desde niñas nos persiguen

El acoso nos marca desde temprano. No importa si somos adolescentes o mujeres adultas: desde que un hombre te ve, empieza el juego sucio de las miradas, los comentarios incómodos y, en muchas ocasiones, el atrevimiento de tocarte. Lo peor es que muchas terminan sintiéndose culpables, porque la sociedad nos ha enseñado a pensar así.

Cuando pasa, lo primero que escuchamos no es "¿estás bien?", sino:

— ¿Qué ropa andabas?

— ¿A qué hora estabas en la calle?

— ¿Dónde estabas?

Como si nuestra vestimenta o la hora justificaran la agresión. Nos culpan de provocar, cuando en realidad lo que hacen es violentar nuestra libertad.

Toda mujer, toda niña, cualquier persona, debería poder caminar tranquila por la calle sin ser sexualizada.

Mi experiencia

Yo, en lo personal, si salgo a diario, a diario sufro acoso: miradas, palabras... incluso han llegado a tocarme. A veces me defiendo, otras respondo, y otras, para conservar mi paz, simplemente ignoro y sigo mi camino. Pero muchos acosadores no soportan que uno los ignore o se defienda. Cuando eso pasa, se vuelven más agresivos: insultan, gritan, lanzan comentarios todavía más vulgares.

Recuerdo que cuando me mudé de ciudad, el acoso fue peor que en mi lugar natal. Usaba mucho el transporte público, estaba más expuesta a esos comentarios asquerosos, y sentí que me sexualizaban más, sobre todo por ser costeña y negra. Me sentía intimidada, así que empecé a andar con mi gas pimienta visible, como advertencia.





Un día, yendo al trabajo, la ruta estaba llena. Me tocó ir de pie y un hombre comenzó a rozarme. Me di cuenta de lo que estaba haciendo, no dije nada: solo saqué mi gas pimienta, se lo mostré y lo miré fijo. No necesité hablar: al ver que podía defenderme, se apartó. De pronto, descubrió por arte de magia que tenía más espacio y que no tenía por qué estar rozándome. Seguí mi camino, pero pasé todo el día alterada. Era la primera vez que me pasaba algo así y me afectó profundamente. Me sentí totalmente violentada.

El derecho a existir en paz

Una debería poder salir libremente, ir al parque, caminar, respirar aire puro, estar en espacios públicos sin sentir esas miradas lascivas ni esos comentarios que te sexualizan, sin importar la ropa que uses o la hora que sea.

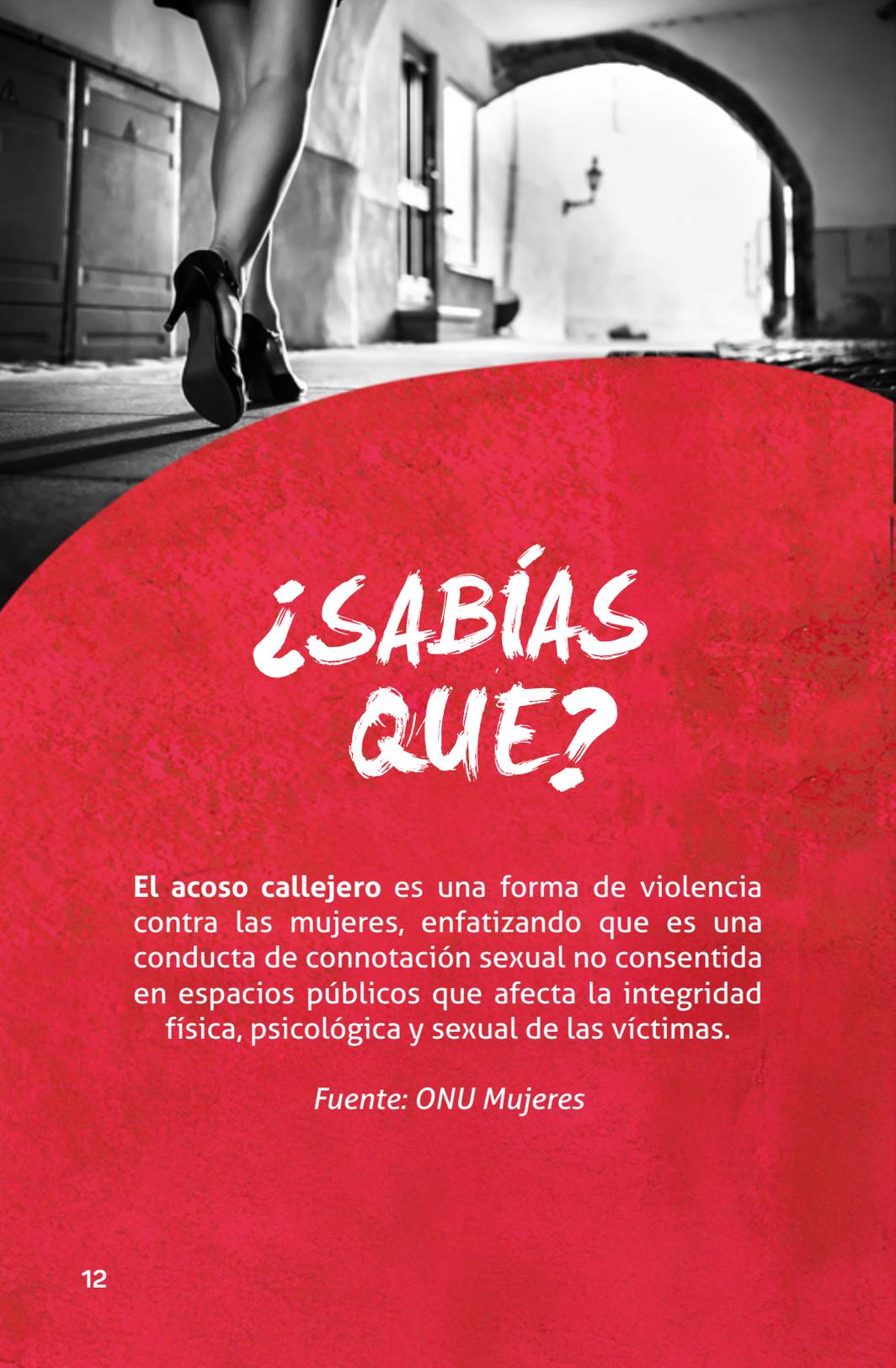
Cuando salgo con adolescentes, camino detrás de ellas como guardaespaldas. Veo las miradas, escucho los comentarios y, muchas veces, respondo o doy esa mirada retadora a los acosadores para que sepan que no están solas, que hay alguien dispuesto a reaccionar. Pero ¿por qué tenemos que llegar a ese extremo? ¿Por qué vivir así?

Un llamado a la conciencia

Muchos hombres no saben lo que es el respeto. Lo más irónico es que muchos tienen madre, hermanas, hijas o sobrinas. No creo que les gustaría que a su familia la trataran así. Algunos sí se preocupan y sobreprotegen a sus hijas porque saben cómo han sido ellos con otras mujeres, y no quieren que otros hagan lo mismo con las suyas. Pero hay otros... que simplemente no les importa nada.

En Nicaragua, soñar con un país donde podamos caminar libres puede sonar lejano, pero no es imposible. Y ese cambio empieza por algo tan básico como entender una verdad que no debería ni discutirse:

No, no es piropo. Es acoso.



¿SABÍAS QUE?

El acoso callejero es una forma de violencia contra las mujeres, enfatizando que es una conducta de connotación sexual no consentida en espacios públicos que afecta la integridad física, psicológica y sexual de las víctimas.

Fuente: ONU Mujeres



Entre escorias y rosas: memorias de una doncella

Por: Munguia, A.

El acoso callejero es una problemática social que, muchas veces, no se aborda con la seriedad debida... ¿Por qué nos burlamos cuando alguien nos comenta un incidente desagradable de ese tipo? ¿Cómo intervenimos al observar que una niña, adolescente o joven recibe miradas y comentarios lascivos? ¿Por qué se ha normalizado? ¿Por qué recibir "atención masculina" para algunas chicas es halagador, en cambio, para otras, es un momento paralizante y evoca tantas emociones?, sí, querido lector, esas son las interrogantes que me planteé desde mis 10 años, es increíble, ¿no?... apenas iniciaba mi adolescencia. A continuación, plasmaré 2 sucesos que me marcaron y desestabilizaron... todo ocurrió en la etapa antes mencionada.

Mi familia tuvo varios negocios, uno de ellos fue un local de videojuegos, jamás fue de mi agrado, pues no me gusta el ruido y era extraño ver a tantas personas ir y venir por la sala. Cierta noche, cerraba el portón y miraba televisión en la segunda sala y escuché decir a un cliente: "mirá, esa chavala ya aguanta"... no comprendí el significado de eso y le resté importancia, por obvias razones, no se lo mencioné a mi madre... oh, ese fue mi primer error...

Meses después, ese tipo nos siguió (iba con mi mejor amiga), corrimos tantas cuadras, entramos a una venta y buscamos otra ruta; observamos, desde una distancia prudente, a ese joven buscarnos por los alrededores... ¿tienen idea de lo difícil que es intentar mantener la compostura, reprimir tus emociones y calmar a un ser querido, cuando vos eres presa del pavor?

Al cumplir 16 años, regresaba de pasar unas lindas vacaciones en casa de mi abuela, fue un largo viaje (hay 73 km de distancia), en esa ocasión, nadie me acompañó. Al pagar el pasaje, el ayudante tomó mi mano con firmeza, eso me asustó y jamás hubiese pasado por mi mente toda la depravación de aquel hombre... tocaba mi cuello... en cierto momento, frotó su miembro erecto en mi hombro y tocó mi pecho, se excusó por ese "pequeño accidente". Experimenté ansiedad, ira, miedo e impotencia: ¿a quién iba a acudir?, ¿me tacharían por una mentirosa?, ¿cómo podía defenderme si se tiene el jodido prejuicio de creerle a un adulto, aunque sea el único culpable?, estaba lejos de mi casa y quedarme varada, no era una opción.





Por desgracia, la señora con la que compartí asiento, no me prestó atención. He aquí mi segundo error. A pesar de mi timidez, le pedí a ayuda a un muchacho, ¡cómo olvidar a ese gentil hombre!, un estudiante de 1er año de agronomía de mi alma mater. Ese caballero me escuchó, me tranquilizó, esperó a mi lado y gracias a él, volví a casa.

Imagino sus expresiones y los posibles comentarios; algunos le restarán importancia, la sociedad tiende a criticar, muchas veces, vivencias que jamás tuvieron y por leer un par de líneas sobre cierto tema, se creen expertos en este, pero ¿trataste de ponerte en mis zapatos?, la empatía va más allá. Al experimentar el acoso callejero, te cohibís (depende de la intensidad, obviamente), el miedo te paraliza, hay sudoración, taquicardia, temblores, entre otros. La prevalencia del acoso callejero es muy alta, gran parte de las mujeres lo hemos experimentado. Les insto a tomar conciencia sobre la temática, seamos como ese chico que me auxilió, ese muchacho a quien le agradezco haber salvado mi vida.

Mi testimonio

Por: Gosche

Este es mi testimonio sobre el acoso que he recibido a lo largo de mi vida en mi país, bueno yo cuando tenía unos 15-16 años venía del colegio en ese tiempo para llegar a mi casa usaba la ruta sabana grande que partía del Mercado Ivan Montenegro ese día estaba lloviendo cuando eso pasa los buses dilatan en llegar al mercado a la terminal y tuve que esperar en un alero para resguardarme de la lluvia en eso aparece un señor, yo no quería pensar mal solo que igual se estaba resguardando de la lluvia en eso el empezó a hablarme yo no respondía por miedo en eso el se estaba sobrepasando y me termino dándome un beso en la mejilla, sinceramente yo no sabía reacción hacer sentía asco, miedo y enojo porque mi cuerpo no se movía y no gritaba y nadie me ayudo tampoco, estaba paralizada me sentía muy mal

Luego paso el bus en eso logré reaccionar en empujarlo y salí corriendo bajo lluvia y cuando el bus se estacionó me subí teniendo miedo que ese señor me siguiera no sabia que pensar que hacer solamente me sentía mal conmigo misma por no haber hecho algo recuerdo que cuando llegue a mi casa me fui a bañar porque me sentía asco me sentía muy mal, ya no volví a esa terminal y decidí esperar el bus en otra parada, ahora en la calle más alerta, les hago mala cara a todos los hombres que quieran hablarme por que no quiero volver a pasar por eso ahora estoy en estado de alerta siempre no solo por eso que me paso, igual en la calle me dicen de cosas desde chiflidos, que tiran besos o comentarios obscenos que nadie pide sinceramente eso no hace sentir bien no es un piropo eso , eso es asqueroso que lastimosamente en este país está muy normalizado, no importa que ropa use siempre hay su asqueroso que te de comentarios ahora en la actualidad hasta niños te comienza a decir cosas obscenas porque ven eso en sus padres y creen que eso está bien cuando no, no hay respeto y una no puede salir a la calle sin que alguien te arruine el día con su "piropo" NO no es un piropo eso es ser vulgar, en fin tengo que estar en la calle con audífonos para no escuchar comentarios que me arruinen el día es muy triste que en este país este muy normalizado este tipo de comportamientos y si les respondes te tratan de loca y se ríen de ti, este fue mi testimonio sinceramente esto del acoso debe parar, gracias por leer.





El Silbido Que Calló Sonrisas

Por: Rolando Dávila-Sánchez

El sol de Managua caía a plomo esa tarde de enero, tiñendo las calles de un dorado intenso que invitaba a la melancolía. Sofía, con sus dieciséis años y el uniforme del colegio, apuraba el paso camino a casa. Los audífonos en sus oídos apenas lograban ahogar el bullicio habitual de las calles en ese momento del día, pero no eran un escudo contra todo.

De pronto, un silbido largo y descarado perforó el aire. Sofía intentó ignorarlo, apretando los labios. Pero no terminó ahí. Una voz ronca, pegada a su espalda, añadió: "¡Ay, mi amor, qué bonita vas! ¿Para dónde con tan apurada?". Su corazón dio un vuelco. Aceleró el paso, sintiendo los ojos lascivos clavados en ella. El miedo y algo de colérica indignación se mezclaron en su estómago. Quiso gritar, pero el nudo en su garganta no se lo permitió.

Alcanzó a ver, por el rabillo del ojo, a dos hombres, chavalos viejos, recostados en una esquina, riendo en la nada de siempre. Uno de ellos le lanzó otro piropo grosero. Sofía sintió que la sangre se le subía a la cabeza. Sus manos temblaron. ¿Por qué le pasaba esto? ¿Por qué tenía que sentirse insegura en su propio barrio, en su camino de siempre a casa, el que hacía desde niña? La alegría de la tarde se desvaneció, reemplazada por una sombra de temor.

Llegó a su casa casi corriendo, con el aliento agitado. Su mamá, al verla, notó algo. "Y entonces chavala, qué te pasó, estás bien? Te veo pálida". Sofía, incapaz de procesar palabra, solo asintió, se encerró en su cuarto y se dejó caer en la cama. Las lágrimas de frustración y humillación se le salieron como aguacero de mayo, bruso y repentino. El silbido y las palabras groseras se repitieron en su mente una y otra vez.

Esa no fue la primera vez. Tampoco sería la última. Cada vez que salía, la incertidumbre la acompañaba. El bus, la parada, la calle angosta cerca del mercado... cualquier lugar podía ser el escenario de un comentario no solicitado, una mirada invasiva, una persecución silenciosa. Sofía empezó a cambiar sus rutas, a vestirse de forma más "discreta", a evitar ciertas horas. Quería desaparecer, hacerse invisible. No parece haber forma que estas gentes entiendan el daño que hacen con su "gracia", tal vez hasta que sean padres, hermanos o le suceda a su mamá; y aún así habrán excepciones.

El acoso callejero no solo dejaba una huella en su trayecto diario, sino también en su confianza. Las sonrisas espontáneas empezaron a ser más tímidas, las miradas más esquivas. La calle, antes un lugar de libertad, se había convertido en un recordatorio constante de su vulnerabilidad, un espacio donde su cuerpo parecía ser de dominio público para el juicio y el morbo ajeno. Sofía soñaba con un día en que caminar por su ciudad fuera simplemente eso: caminar, sin miedo, sin silbidos, sin que nadie tuviera el poder de callar sus sonrisas... pero los sueños, sueños son.



“No quiero sentirme
valiente

cuando salgo a la
calle; quiero sentirme

libre”





La complicidad de los hombres en el acoso callejero

Por: JC

Si, es verdad; no todos los hombres somos iguales y no es culpa de nosotros que muchos otros hombres se comporten como degenerados; sin embargo es en la apatía y la inacción donde los hombres buenos somos culpables.

El objetivo de mi escrito no es culpar a los hombres decentes; sino invitarlos a unirse a luchar contra el acoso callejero; en vez de simplemente ignorar cuando un amigo o un familiar de nosotros hace acoso; decirle que lo que hace está mal o que no apoyamos ese tipo de conductas.

Nuestro silencio es muchas veces complice del sufrimiento que viven muchas mujeres día a día en las calles de Managua, a como dije anteriormente; muchos de nosotros podemos decirle al broder que acosa que eso está mal. Muchos de nosotros hombres olvidamos que aunque no somos mujeres, estamos rodeados por ellas.

La proxima vez que mires a otro hombre hacer acoso callejero, recordá que tu abuela y mamá son mujeres, que tu hermana y futura pareja son también feminas; y que tu hija podrá ser también mujer.



NO SOY

PERRO

NO ME SILBES

Primera entrega de “Masculinidad”

Por: Vinicio Matamoros

Seguramente habías escuchado el término de las masculinidades sanas, nuevas masculinidades o masculinidades alternativas, pues bien, este enfoque y estudio está relacionado con esa búsqueda en romper con las desigualdades que han existido por años entre hombres y mujeres al igual que con la violencia.

Detener la espiral de violencia que las mujeres sufren a mano de sus parejas hombres y del mismo sistema que las coloca en un escenario inferior, reproduciendo una participación desigual en la sociedad en cuanto a la toma de decisiones y posiciones de poder, considerando a las mujeres incapaces de ejercer o desempeñarse en diferentes roles como en el profesional, el modelo masculino “normativo” conceptúa y limita una definición generalizada de la mujer como un sujeto débil, ama de casa, dependiente e incapaz de abrirse camino en el mundo, encasillándola a un rol impuesto por el hecho de ser mujer.





Los hombres debemos ser parte de la alternativa y solución a este problema, debido a que somos parte de ello, somos el problema en general por no cuestionar el sistema ¿Por qué? La respuesta es sencilla, como no me afecta entonces no me interesa. Unos optan por la indiferencia e ignoran el problema sin incidir directamente, otros si lo hacen de forma premeditada lo cual refleja serios problemas de superioridad con las mujeres, por tanto, es necesario ver las nuevas masculinidades como una alternativa sana para aportar a la solución del problema en sí.

Cuando hablamos de temas de género, la gran mayoría piensa a lo inmediato que abordaremos únicamente el tema de los derechos de las mujeres y la desigualdad que ya conocemos, sin embargo, el tema de nueva masculinidad da una apertura en este sentido.

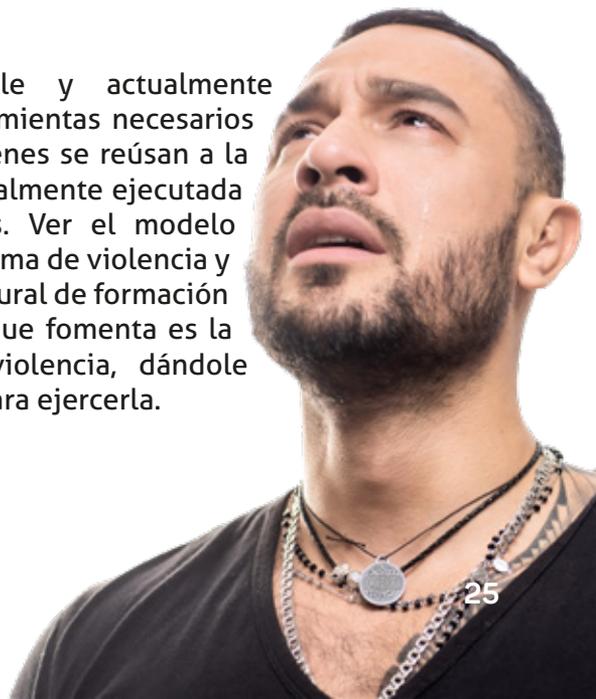
Los hombres somos parte en los temas de género, ya que la desconstrucción del machismo es responsabilidad nuestra, a través de ello pueden abrirse caminos para una socialización sana que aporte al bien común de hombres y mujeres, así como entre los mismos hombres y las relaciones propias, creando vínculos saludables en diferentes entornos.

Para ello, es importante saber cómo los hombres nos percibimos actualmente y como el modelo tradicional en el que crecimos agrava más el pensar erróneo de ser superiores y que no existe ninguna responsabilidad en cambiar las cosas, incluso entre nosotros mismos. El detalle de poder tocar esas puertas y que estén abiertas al cambio, es la disposición de hacerlo, porque no todos los hombres al igual que las mujeres pensarán en una nueva masculinidad como algo positivo sino todo lo contrario, pero esto no quiere decir que no valga la pena el esfuerzo en trabajarlo sobre todo cuando se trata de un conjunto de iniciativas para que futuras generaciones puedan ver este modelo como una convivencia pacífica y libre de violencia.

Como se mencionó anteriormente, este modelo hegemónico no únicamente afecta a las mujeres sino también a los hombres a consecuencia del modelo en el que se cree que no pueden ser frágiles, no lloran, no se sienten mal y que siempre deben de estar bien ante cualquier adversidad, coaptándoles de su versión humana y subjetiva de lo que realmente se es y se quiere ser en la vida.

Según un estudio de Amnistía Internacional (2021) de Mireya Cidón nos dice que "la nueva masculinidad permite una forma más sana e igualitaria de relacionarte con las mujeres, y también con los hombres", así también lo menciona el el Profesor José Ignacio Pichardo titular del departamento de antropología social y psicosocial de la Universidad Complutense de Madrid, él profundiza lo que implican las nuevas masculinidades diciendo "lo que es ser hombre y lo que es mujer se construye culturalmente, no hace falta remontarse muy atrás para darse cuenta de que no es lo mismo ser hombre en el siglo XXI que hace 50 años. En este tiempo hemos experimentado cambios importantes en la masculinidad que muestran que la transformación es posible".

El cambio es posible y actualmente contamos con las herramientas necesarios para el mismo, hay quienes se reúsan a la idea de una igualdad realmente ejecutada y no solo de palabras. Ver el modelo tradicional como una forma de violencia y no como un sistema cultural de formación irregular que lo único que fomenta es la normalización de la violencia, dándole aprobación y vía libre para ejercerla.





Para promover y alcanzar estas metas e impulsar con mayor confianza la búsqueda de esta masculinidad, un apoyo pueden ser los modelos mediáticos y ejemplos de personas que tengan una gran influencia en la sociedad que aboguen por una masculinidad valorada y respetada. El problema es aún mayor cuando hay generaciones familiares donde se ve la violencia como una respuesta natural ante las eventualidades de la vida, formando en potencia un hombre con una masculinidad tradicional, así lo menciona la Teoría de Volkan (2018) "cuando las sociedades han experimentado conflictos muy violentos, las generaciones que van surgiendo dentro en este conflicto van siendo socializados con la ideología del conflicto" ejemplo: generaciones que han sido afectadas en épocas de guerra tienden a tener actitudes machistas más arraigadas y mantienen esa postura como que el hombre debe de ser así.

Esto está relacionado con la socialización del individuo y como se inserta en esas narrativas, los traumas vividos, pérdidas y violencia, hacen que el conflicto se perpetue en generaciones venideras. No podemos separar la identidad y la formación psicológica individual de la sociedad, esta se transmite generacionalmente entonces ¿Cómo romper esto?, lo importante es trabajar a varios niveles, terapias colectivas e individuales, grupos focales, espacios de formación entre otros.

Otro punto importante es la búsqueda de ayuda profesional y soporte para romper con este ciclo, sin embargo, esto tiende a posicionar al hombre como "débil" ya que él tiene que ser siempre fuerte. Esto puede percibirse como una encrucijada entre el pasado vivido, la masculinidad tradicional y el cambio a una nueva que permita ver esta ayuda y seguimiento como algo positivo y fuerte, no como debilidad y ser menos hombre.

Ejemplo de esta búsqueda puede ser:

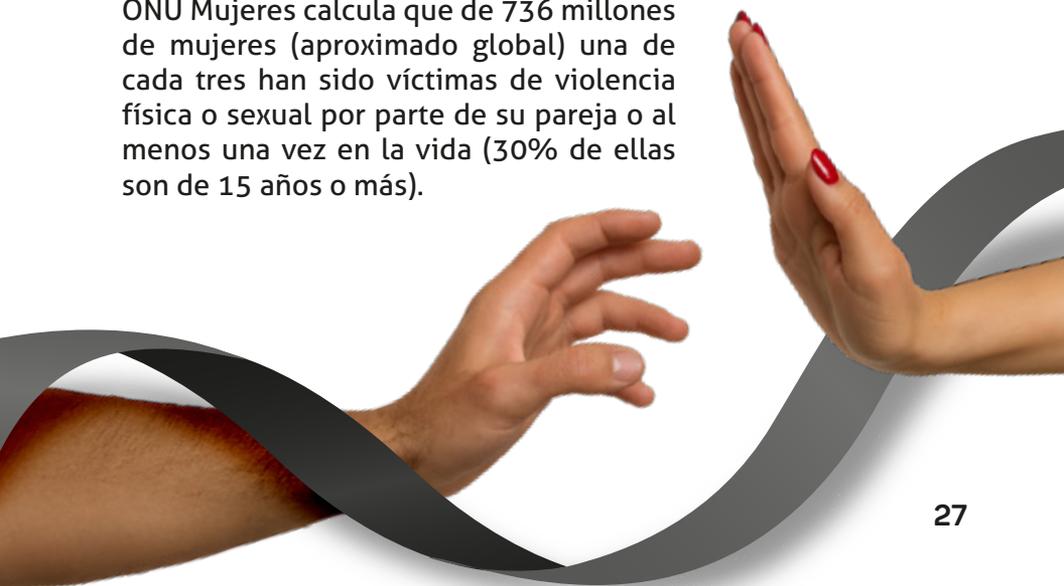
Romper con el mito del hombre violento; esta se refiere a que se cree que el hombre siempre debe ser fuerte y violento.

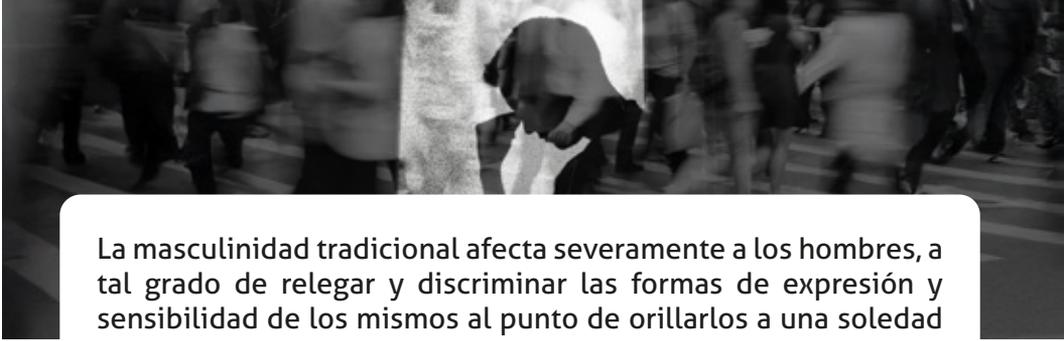
Dejar de lado la desigualdad ya que, se ve como algo normal y casi natural, hay que recordar que esto no es natural y no es algo correcto, el poder no le pertenece a ningún género.

No es competencia, el modelo tradicional siempre nos hace creer que existe una rivalidad y competencia constante con otros hombres, de sobresalir y probar quien es el mejor, la nueva masculinidad busca que cada persona pueda demostrar sin miedo sus debilidades y aprovechar el talento de los demás para trabajar en equipo sin necesidad de caer en la confrontación.

Y, sobre todo es evitar el acoso y abuso sexual, hay que respetar los límites de la mujer, aprender a escuchar sus emociones y deseos, saber aceptar un NO por respuesta y no sobrepasar ese límite.

ONU Mujeres calcula que de 736 millones de mujeres (aproximado global) una de cada tres han sido víctimas de violencia física o sexual por parte de su pareja o al menos una vez en la vida (30% de ellas son de 15 años o más).





La masculinidad tradicional afecta severamente a los hombres, a tal grado de relegar y discriminar las formas de expresión y sensibilidad de los mismos al punto de orillarlos a una soledad que deteriora su salud mental y física, sumándole las expectativas sociales, cuestiones personales de sexualidad, estigma y género, actitud silenciosa hacia los problemas emocionales y falta de adherencia a terapias de fármacos para la salud mental, todo este engranaje encausa a una alta tasa de suicidios en los hombres a nivel de toda América, posicionándolo en la tercera causa de muerte en las personas de 10 a 24 años de edad, Organización Panamericana de la Salud (2020).

La OPS (2020) dice que el 79% de casos de suicidio son hombres, resaltando que las construcciones tradicionales de la masculinidad representan un factor de riesgo clave para la vulnerabilidad de los hombres, promoviendo comportamientos mal adaptados como falta de expresividad emocional, resistencia a buscar ayuda o el abuso del alcohol.

Entonces, la nueva masculinidad busca además de posicionar a hombres y mujeres en el mismo plano horizontal; ver más allá de las imposiciones hegemónicas que busquen como cada persona quiere ser en realidad.

Busca el deseo de crear y vivir en una sociedad igualitaria, pensar que otras formas de ser hombre son necesarias y para ello hay que cambiar elementos de masculinidad tradicional, algunos lo buscan de forma individual o en pequeños grupos; cuando decimos esto puede haber dos escenarios, uno en el que el hombre lo interioriza y lo construye respondiendo a su bienestar e interés de ser mejor persona y el colectivo, este puede ser el acuerpamiento de otros hombres para sentir que está haciendo algo positivo pudiéndolo compartir con otros sin sentirse atacado o discriminado, es decir un espacio seguro.



Acoso Callejero en Nicaragua

Por: AI

El acoso callejero en Nicaragua es una forma de violencia basada en género que, aunque cotidiana y ampliamente reconocida por las mujeres como un problema, sigue encontrando enormes vacíos en la medición oficial, en la respuesta institucional y—crucialmente—en su tipificación jurídica. En términos sencillos, hablamos de interacciones no deseadas en espacios públicos (miradas y gestos lascivos, “piropos” sexualizados, persecución, tocamientos, exhibicionismo, grabaciones o fotografías sin consentimiento, entre otras) que afectan el derecho de las mujeres a transitar libres y seguras por la ciudad. En Nicaragua, como en gran parte de América Latina, el fenómeno se normaliza y permanece subregistrado, pese a sus consecuencias psicológicas, sociales y económicas.



Un primer problema para dimensionar el acoso callejero es la falta de datos oficiales recientes. Los últimos levantamientos sistemáticos que permiten una aproximación específica al tema provienen, sobre todo, de la sociedad civil. El Observatorio Contra el Acoso Callejero (OCAC) Nicaragua realizó a mediados de la década pasada indagaciones pioneras—una de ellas, ampliamente citada, señala que el 83% de 1.629 mujeres encuestadas reportó haber sufrido acoso en espacios públicos o semipúblicos. Aunque el ejercicio data de 2018, su valor reside en señalar la masividad del fenómeno y en nombrar la variedad de conductas que lo componen (verbales, gestuales, físicas). La ausencia de nuevas rondas de encuestas comparables impide medir tendencias, pero no la persistencia del problema, visible en testimonios y en la cobertura de medios locales sobre episodios en buses y otros espacios urbanos.

El segundo gran nudo está en el marco legal. Nicaragua cuenta con la Ley Integral contra la Violencia hacia las Mujeres (Ley 779), piedra angular para abordar la violencia de género en general. Sin embargo, el acoso callejero, en su dimensión verbal o gestual, no aparece como delito autónomo. La vía penal más cercana es el artículo 172 del Código Penal, que sanciona los “actos lascivos o lúbricos tocamientos” sin consentimiento—es decir, conductas de abuso sexual que ya implican contacto físico. De este modo, una gran porción del acoso callejero—la mayoría, por su carácter verbal y ambiental—queda fuera de tipificación específica y, por consiguiente, de un tratamiento preventivo y sancionatorio diferenciado. Esta grieta normativa obliga a las víctimas a encajar denuncias bajo figuras penales más amplias o a desistir, alimentando la impunidad cotidiana. legislacion.asamblea.gob.ni



La carencia de tipificación y estadísticas dialoga con un contexto institucional restrictivo. En 2024 y 2025, informes de organismos internacionales han subrayado el deterioro de las condiciones de derechos humanos en el país—incluida la reducción del espacio cívico y la presión sobre organizaciones que tradicionalmente documentaban y atendían violencias de género. Cuando el entorno limita la libertad de asociación, expresión y el trabajo de defensoras y periodistas, la denuncia—tanto pública como formal—se desincentiva y la producción de datos confiables se vuelve más difícil. Este telón de fondo importa para entender por qué, a pesar de la magnitud del acoso callejero, contamos con menos información de la deseable en los últimos años.

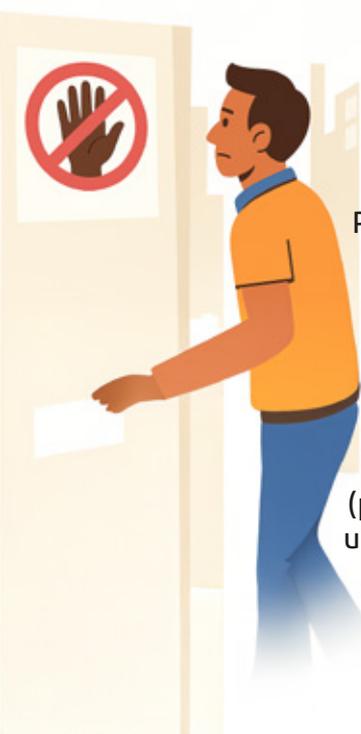
El transporte público y los trayectos urbanos son escenarios recurrentes del acoso. Relatos recogidos por medios locales muestran desde miradas y comentarios sexualizados hasta tocamientos en buses atestados y episodios de exhibicionismo. Más allá de lo anecdótico, este patrón coincide con evidencia regional: el transporte colectivo concentra manifestaciones de acoso por la combinación de hacinamiento, tiempos de espera, recorridos previsibles y escasa vigilancia efectiva. En Nicaragua, notas y crónicas periodísticas han documentado el “riesgo latente” que viven muchas mujeres al usar buses, taxis y caponeras, con impacto en su movilidad cotidiana (cambios de rutas, horarios y costos adicionales para “viajar más seguro”). La falta de protocolos estandarizados de prevención y atención en el sistema de transporte contribuye a que estos incidentes se perpetúen sin consecuencias.

Aunque el acoso callejero no es sinónimo de feminicidio ni de violencia letal, forma parte de un continuo de violencias que naturaliza la invasión del cuerpo y del espacio de las mujeres. En 2024 y 2025, organizaciones y plataformas regionales han advertido cifras elevadas de feminicidios en América Latina y déficits graves de datos oficiales, recordándonos que las respuestas estatales—desde la prevención hasta la sanción—siguen siendo insuficientes. En Nicaragua, redes y colectivos han denunciado niveles preocupantes de violencia de género en general, con llamados a fortalecer la institucionalidad y el acceso a la justicia. Este contexto refuerza la necesidad de políticas públicas específicas para el acoso callejero como eslabón inicial (pero no menor) del ciclo de violencia.

¿Qué hacer entonces? Un paquete realista de medidas para Nicaragua debería considerar, como mínimo, cinco frentes:

Tipificación diferenciada y armonización normativa. Incorporar el acoso sexual callejero como falta o delito autónomo, con categorías que capten su gradiente (verbal, gestual, físico sin lesión) y criterios de proporcionalidad sancionatoria. Esta reforma no sustituye figuras penales existentes (como el abuso sexual del art. 172), sino que las complementa, cerrando el vacío que deja impune la mayoría de conductas. La experiencia comparada en la región muestra que leyes claras, acompañadas de reglamentos y protocolos, elevan el umbral de tolerancia social y facilitan la actuación policial y judicial.





Protocolos en el transporte y en espacios públicos. Las autoridades locales, operadores y cooperativas de buses pueden adoptar medidas de bajo costo con alta eficacia: campañas visibles en paradas y unidades, capacitación al personal para actuar sin revictimizar, canales de reporte anónimos y rápidos (por ejemplo, códigos QR en las unidades), botones de alerta para conductoras/es, y coordinación con la policía para respuesta inmediata en rutas priorizadas. La evidencia regional sugiere que estas intervenciones, aun sin grandes inversiones, disuaden agresores y empoderan a usuarias.

Sistema de datos y encuestas regulares. Levantar encuestas anuales o bianuales de victimización específicas de acoso callejero (con módulos por ciudades, franjas horarias y medios de transporte), integrar registros administrativos de policía, salud y justicia, y crear un tablero público con cifras abiertas. Este enfoque permitiría medir tendencias y evaluar políticas. En un ecosistema institucional tenso, los datos son clave para romper la normalización y asignar recursos donde más se necesitan.

Educación y cambio cultural. Incluir contenidos sobre consentimiento, respeto al espacio y al cuerpo, y masculinidades no violentas en escuelas, universidades y campañas comunitarias. El acoso callejero se sostiene en normas sociales que lo minimizan o lo confunden con "galantería"; desarmar esas normas requiere trabajo pedagógico sostenido, especialmente con hombres jóvenes.



Apoyo a organizaciones y rutas de atención. Reconocer el rol de la sociedad civil en la visibilización, acompañamiento y documentación de casos. En un país donde se ha restringido el trabajo de muchas organizaciones, garantizar su operación segura y su colaboración con instituciones públicas fortalecería la prevención y la atención, además de mejorar los datos disponibles.

Un punto sensible es cómo enfrentar la creencia de que “no vale la pena denunciar” o que “no hay nada que se pueda hacer” si no hay contacto físico. Precisamente por eso resulta clave una vía jurídica clara para las manifestaciones verbales y gestuales de acoso, junto con mecanismos de denuncia adecuados. La mujer que recibe un comentario sexualizado o es seguida por varias cuadras no suele considerar viable ir a una estación policial a relatar un hecho cuya ilicitud no está trazada con precisión en la ley; si además se anticipa incomprensión o revictimización, se refuerza la inacción. Por el contrario, cuando existen protocolos, el personal sabe cómo actuar, y hay posibilidades reales de sanción (desde multas y medidas educativas hasta penas mayores si media violencia o reiteración), las víctimas denuncian más y los agresores lo piensan dos veces.

También conviene recordar que el acoso callejero tiene costes económicos. Mujeres que cambian rutas o horarios, que pagan taxis más caros para evitar ciertas paradas o que dejan de usar transporte público—todo ello afecta su participación educativa y laboral. En contextos de ingresos ajustados, ese “pequeño” costo diario se acumula y genera desigualdad. Por eso, aun cuando la política pública enfrente prioridades urgentes, el acoso callejero no debe relegarse: intervenir aquí es intervenir en la base misma de la pirámide de violencias.

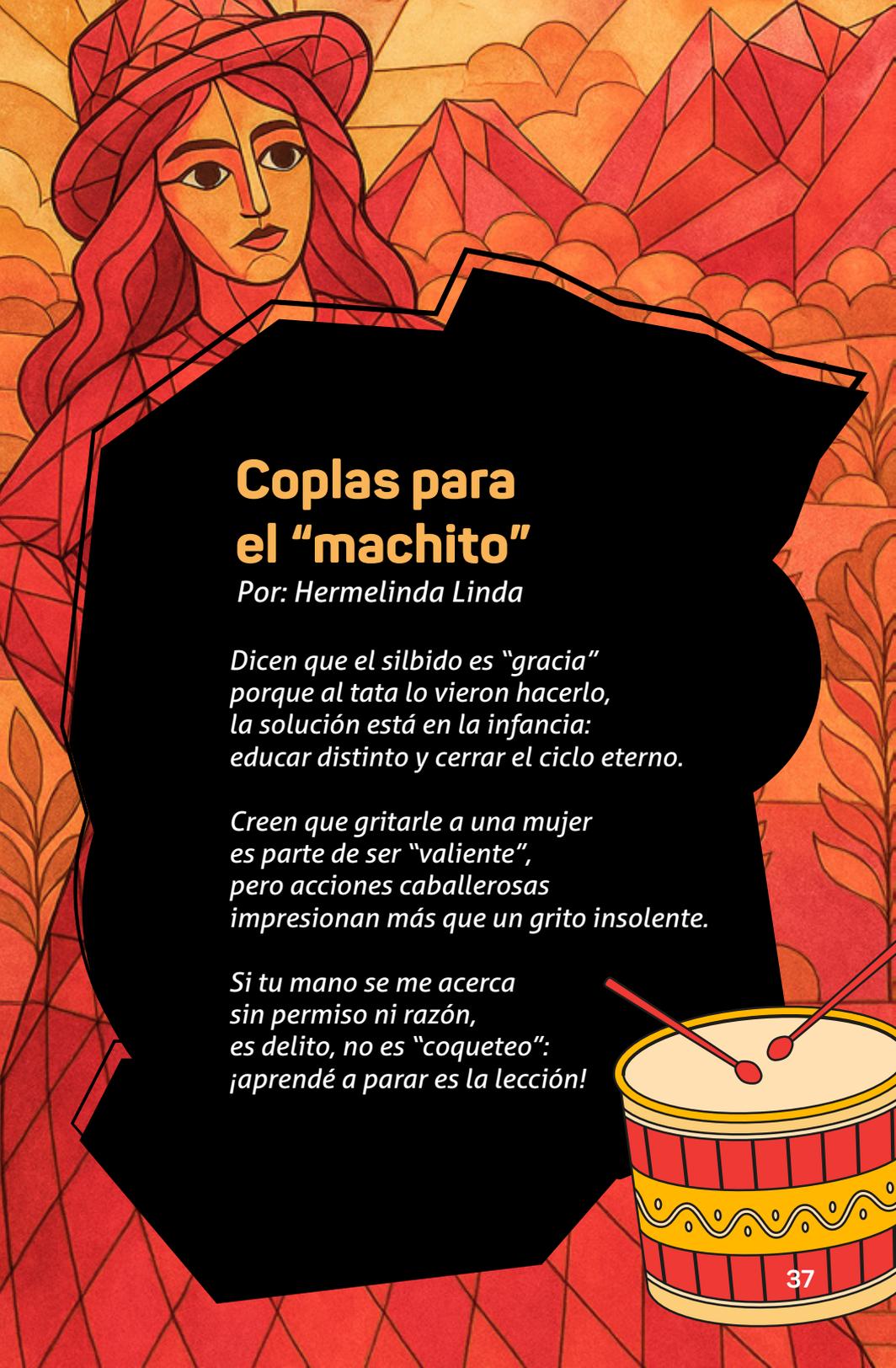
En síntesis, Nicaragua necesita un abordaje contemporáneo del acoso callejero: nombrarlo en la ley, medirlo con rigor, prevenirlo en el transporte y los espacios urbanos, y activar respuestas institucionales que protejan a las víctimas sin ponerles cargas imposibles. La evidencia disponible—aunque fragmentaria—ya dice lo suficiente: la mayoría de mujeres ha vivido acoso en la calle; el transporte público concentra riesgos; y el vacío normativo facilita la impunidad. Llenar esos vacíos no es solo una cuestión de política criminal; es, ante todo, una apuesta por la libertad de movimiento y la igualdad sustantiva de las nicaragüenses.

Fuentes clave: OCAC Nicaragua (estudio y tipologías), Ley 779 y Código Penal art. 172, informes recientes de HRW (2024–2025) y ACNUDH (2024) sobre el contexto de derechos humanos, cobertura local sobre riesgos en el transporte, y análisis regional de políticas de prevención en transporte.





▶ VERSOS LIBRES I



Coplas para el "machito"

Por: Hermelinda Linda

Dicen que el silbido es "gracia" porque al tata lo vieron hacerlo, la solución está en la infancia: educar distinto y cerrar el ciclo eterno.

Creen que gritarle a una mujer es parte de ser "valiente", pero acciones caballerosas impresionan más que un grito insolente.

Si tu mano se me acerca sin permiso ni razón, es delito, no es "coqueteo": ¡aprendé a parar es la lección!

*Con su "es broma, no te enojés"
quieren tapar la ofensa,
pero el humor con respeto
es la risa que sí convenza.*

*No tenés derecho a opinar
sobre el cuerpo que no es tuyo,
la solución es sencilla:
viví tu vida y yo la mía con orgullo.*

*El acoso se ve diario
y muchos se hacen los ciegos,
pero denunciar y apoyar
rompe cadenas y miedos viejos.*

*Si pensaran en sus hijas
o en su hermana caminando,
entenderían que el respeto
es la ruta que vamos andando.*

*La escuela enseña a callar
cuando un niño molesta a una niña,
pero la igualdad en las aulas
es la semilla que nos guña.*

MIFALDA **NO**
ES TU CARTA
BLANCA





TE INVITAMOS A NO BOTAR ESTA REVISTA

¡COMPARTILA!

